

EL ACCIDENTE



Estando el barco amarrado en Masnou, su puerto base, el velero vecino empezó a arder. Era un ketch francés de fibra, y lo que pareció ser un chispazo prendió fuego en el interior. Debido a éste, la cubierta cedió y sus palos cayeron encima del Augusta. El mar absorbió el golpe, pero el fuego ya tenía un puente. Las llamas empezaban a bufar la pintura del casco, las velas se desintegraban, las cabinas ardían superficialmente en sus dos extremos cuando Eolo decidió despertar al Levante y apartar así el fuego del Augusta. Claro que de este modo el cacharro de motor del otro lado quedó a sotavento de las llamas y murió, como el ketch francés. Cuando todo hubo acabado el resultado fue: dos barcos quemados y ahogados y el Augusta chamuscado pero entero. Al volver a bordo vimos lo más inexplicable de todo: unas llamas se las arreglaron para entrar por un manguerote de ventilación, quemaron la caja de aireación ya en el interior de la cabina y... se apagaron allí. Por qué no prendió el salón, barnizado por entero, sólo tiene una razón "lógica" posible: el barco también había decidido que iba a sobrevivir y ahogó el fuego.

Después de este día, por imperativos de la vida, el barco se quedó solo. Pasaron meses, unos años y empezó a morirse de su cáncer particular. Los de fibra sufren ósmosis, los de hierro corrosión y los de madera se pudren, devorados por el agua dulce.

Fue entonces cuando me quedé con él.

Jordi Clapers (Barcelona)